

UNA BREVE DISCULPA

ME PIDEN UNA POÉTICA PERO LO SIENTO: no tengo ninguna a mano. Por ahí corre, eso sí, el borrador de un manual de instrucciones en el que voy anotando las virtudes que prefiero en un texto. Primero, la brevedad, porque, como lector, prefiero empezar a leer algo sabiendo más o menos cuando voy a terminarlo que meterme en una espesa selva novelesca y morirme de sed, de miedo y de hambre. Segundo, la claridad, porque, como lector, prefiero leer algo que se entiende a tener que imaginar y suponer qué quiso decirme su autor (¿podemos fiarnos de un autor al que no se le entiende?). Tercero, la ironía, porque sirve para que cuando empiezas a tomarte demasiado en serio a ti mismo, te previene de los riesgos del exceso de vanidad y egocentrismo.

Como soy más lector que escritor, cuando me da por escribir intento aplicar mis preferencias lectoras por pura disciplina y coherencia. Esta es la norma y, como tal, incluye algunas excepciones. Por ejemplo: a veces me dejo seducir por un texto que no es breve, ni claro, ni irónico, pero ocurre pocas veces, sólo cuando me tropiezo con algún autor lo bastante genial para arrastrarme pese a todos mis sólidos prejuicios, llevarme a la selva y conseguir que no sólo no me muera de sed, de miedo y de hambre sino que salga vivo e, incluso, coleando. El cuento, por consiguiente, es el género que más se adapta a todas estas características. Dicen que se trata de un género al alza, que es lo que suele decirse de los géneros que gozan de una mala salud de hierro. Dicen que en España no hay tradición, y hay quien sostiene que la razón para esta falta de arraigo cuentístico se debe a que, durante décadas, los suplementos dominicales y veraniegos de los periódicos han encargado cuentos al por mayor que significaban dinero fácil y rápido y que azuzó más la digresión eficaz que el talento. Más allá de sus innegables méritos literarios, el cuento tiene también unas dimensiones que lo hacen especialmente simpático. Es bajito, corto, no le da tiempo a adquirir dimensiones elefantiásicas y justo cuando podría llegar a convertirse en un monstruo, se acaba.

Sergi Pàmies